

Prólogo de Daniel José Colella

Se afirma, no sin cierta acientificidad, que un poeta poetiza siempre el mismo tema. Sucede lo mismo con el pensador. Y, ¿con un narrador? En *Tanque lleno* y otros relatos, Daniel López logra su libro de relatos más onírico. Ahora ese elemento onírico es el mundo en el que la distinción entre sujeto y objeto queda emulsionada en beneficio de una radical profundidad. ¿Es lo Otro lo que toma a sus personajes?

Daniel López habita la época del borramiento del sujeto-objeto. La hormiga hace lo que tiene que hacer en un (su) mundo, en un ser, en su “hay”, que se hace a sí mismo. El escritor es el narrador del mundo, pero es a su vez alguien contado por otro, como lo sugiere en *Los ojos de la ciudad*: “La ciudad me observa, pero rara vez le importo”.

López escribe narraciones al modo del haiku. Pretende señalarles algo: un momento extraordinario de nuestras vidas en las vidas ficcionales de sus personajes. Pone el dedo en el “hay” abierto de la realidad y nos muestra eso que pasó (que es asombroso, tal vez, incluso divino), “almas errantes dialogan frenéticas con el idioma del viento”, “Iván, Zar de todas las Rusias, aún gobierna en la conflictiva conciencia de su pueblo”. Todo lo que ocurrió vuelve a suceder, pero siempre al modo del vislumbre de eternidad.

¿Podemos afirmar que Daniel López es el autor del “haiku narrativo”? Es contemporáneo, no es un hombre del medioevo japonés, tampoco un imitador de esa maravilla de la composición oriental que tiene buenos imitadores, sin lograr nunca la experiencia de la maravilla, en Jack Kerouac y en el genial artesano de Jorge Luis Borges.

Aún a riesgo de que nos suceda lo mismo que a Celedonio Martínez, en *Tanque lleno*, sabemos, y lo descubrimos aún más en esta obra de López, que la realidad tiene la absoluta capacidad de encerrarnos en un baño de una estación de servicio perdida en el mapa y hacernos desaparecer para siempre.

Disfrutemos el haiku-narrativo de Daniel López, como lo hacemos con una noche estrellada.